

PARTE SEGUNDA.

DE LA SEGUNDA FUENTE

DE LA IMPIEDAD.

CAPÍTULO I.

Trastorno de la razon.

- I. *La segunda fuente de la impiedad reside en el entendimiento, y propiamente consiste en un trastorno de la razon.*

Aunque la fuente y manantial primero de donde nace en el hombre la impiedad sea, como en los capítulos anteriores hemos latamente demostrado, la *corrupcion del corazon*, sin embargo, pues que el error reside en el entendimiento, es necesario investigar de qué modo esta potencia abandonando las vivisimas luces que por todas partes le presentan un primero y soberano Ser, con los otros principios fundamentales de la Religion, llega, por seguir las veleidades y extravagancias del corazon corrompido, á persuadirse la impiedad; es decir, abrazarse con un complejo de mentiras, falsedades y errores. Investigacion importantisima, que nos pondrá en estado de formar el debido y justo concepto del carácter de los impíos; pues como al examinar la primera fuente de su impiedad hallamos una espantosa *perversidad de corazon*, así al internarnos en la averiguacion de la segunda descubriremos un *trastorno de razon* bien singular, y no menos digno de llanto y compasion. Trastorno, sí; pues aunque se reputen y quieran ser tenidos por los mas sabios del género humano, que sacudido el yugo de la

preocupacion y de la credulidad saben hacer uso libre de su razon, y que con la agudeza de su ingenio han llegado á ver que todo el mundo estaba envuelto en tinieblas, y reconocido necedad lo que todos hasta aquí han adorado como verdades, gloriándose por eso de *pensadores libres y espiritus fuertes*; con todo eso nos proponemos demostrar no hay en ellos mas que una orgullosa ceguedad, una ignorancia presuntuosa de las cosas mas sencillas, un espíritu de confusion que trastorna todas las leyes del sentido comun, y se forma un modo de discurrir enteramente contrario á la razon. Ingenios, en fin, *extraviados y perdidos*; no *fuertes*, como neciamente se apellidan, sino *locos*, como justamente los llama Aristoteles¹ en aquella ilustre sentencia de los *Grandes Morales*, cuando dice: *Si alguno es tan osado que llega á despreciar á los mismos Dioses, este no es ya un hombre fuerte, sino un loco rematado.*

- II. *Como pasen los libertinos de la Religion á la impiedad. Pintura que hace de ellos Pascal.*

Y para hablar primeramente de la parte máxima, ó sea del cuerpo general de los incrédulos, es bien cierto que no por una larga serie de exactos racionios ni aun de sofismas han llegado al punto de la impiedad; no: la simple observacion de que el Ateismo ó el Deísmo se adaptaba mas fácilmente á sus pasiones, y abria el campo á su disolucion, á que contrariaban la Religion y el Evangelio, hé aquí su gran razon; las demostraciones perentorias que en un todo los convencieron. Sucédeles lo que con no menor verdad que exactitud, dice de los Protestantes un escritor nada parcial de la Iglesia Romana, á saber: « que si se quiere reducir el origen y » progresos de la Reforma á principios sencillisimos, se » hallará que en Alemania fué efecto de la codicia é in- » terés, en Inglaterra del amor, en Francia del espíritu » de novedad, y en muchos tal vez de una cancion². »

¹ *Magnorum Moral.*, lib. 1.

² Memorias para la historia de Brandemburg, pág. 27, edit. de 1751, part. 1.

Sí, no hay que buscar otro origen de la impiedad. En los políticos, cortesanos y estadistas es efecto del interés. Aquel ejemplo del pez grande que, según Espinosa, tiene derecho á comerse los pequeños, es para ellos una prueba de excepción, bastante para hacer que abracen el sistema de Maquiavelo y Espinosa, y desprecien como falso el de Salomón y el Evangelio. — En los disolutos y jóvenes es por lo comun efecto de liviandad, y acaso de un cantar: bastan para algunos cuatro versos semejantes á los de aquel pastor que repetía:

Siendo el pecar tan grato
Y el no pecar preciso,
En el hombre ¿qué quiso
Naturaleza hacer?
¡O imperfecto conato
Qué le inspira natura!
¡O ley sobrado dura
Que se opone al placer!

En su espíritu equivale esto á toda otra razon para atraerlos primero á la duda, y despues á convencerlos enteramente de los dogmas de Epicuro y de Petronio. Últimamente, en los semi-sabios y ambiciosos la impiedad trae su origen de esa ansia de distinguirse que los devora, y de ser tenidos por genios sublimes y despreocupados. « Piensan estos, dice Bayle ¹, que los conocia bien á fondo, que la singularidad y osadía de los sentimientos que defienden, les granjea el concepto de espíritus grandes, é ingenios sublimes.... Se habitúan, pues, poco á poco á raciocinar impiamente; y si á la vanidad se junta una vida sensual y disipada, corren veloces por este camino.... » Y poco despues: « No se crea han examinado las materias, no: solamente han tomado de memoria algunas objeciones con que se hacen lugar en las concurrencias, hablando en ellas en tono magistral y decisivo. » Y bien; ¿ puede idearse cosa mas fuera de razon? Porque ó estos hombres llegan por tales medios á borrar efectivamente de su ánimo las ideas todas de Religion, y persuadirse del Deismo ó del Ateismo; ó solamente aspiran á ser tenidos por ta-

¹ Dicción. crit., art. Desbarreaux.

les, y se esfuerzan á parecerlo hablando y obrando como si realmente lo fuesen, y creyesen que no hay eternidad ni Dios, aunque no tengan mas que algunas dudas y obscuridades sobre ello. Si lo primero, ¿ qué hombre se vió jamás tan falto de razon, que por motivos tan frívolos é insuficientes se deje arrancar de un sistema que sabe está apoyado en solidísimos fundamentos, contra los cuales nada tiene que oponer, y adhiera y abraza otro que ve y le consta está rodeado de absurdos, inconvenientes y contradicciones, que no sabe cómo, ni encuentra modo de allanar? Si lo segundo, es decir, si solo desea ser tenido por impío no siéndolo efectivamente; ¿ qué hombres mas desventurados, que solo por unas meras dudas, sin razon alguna sólida, emprendan un tenor de vida, cuyas consecuencias están ciertos serles eternamente funestísimas, y tranquilamente abandonen una opinion de que no pueden deshacerse enteramente, y cuyas ventajas infinitas no se les pueden ocultar? Luego de cualquier modo que procedan los Libertinos de que hablamos, que seguramente son la mayor parte de ellos, manifiestan un carácter de hombres ajenos de razon. Mas pues que la segunda parte del dilema es la mas comunmente recibida; es decir, que los Ateistas y Deistas están reducidos simplemente á obcecacion ó maliciosa ignorancia, presentáremos mas claramente este carácter de maligna estupidez con los rasgos del célebre Pascal en el 1º de sus sublimes *Pensamientos sobre la Religion*. « El sosiego de estos en medio de su ignorancia, es una cosa monstruósísima, cuya extravagancia y estupidez es necesario hacer sentir á los que viven así, representándoles lo que pasa en su interior, para que se llenen de confusion á la vista de su propia debilidad. Porque hé aquí como discurren los hombres cuando eligen vivir en esta ignorancia en orden á su propio ser, sin tratar de ser desengañados.

» Yo no sé quien me ha traído al mundo, dicen, ni lo que es el mundo, ni yo mismo qué soy. Nada absolutamente sé; estoy en una espantosa ignorancia de todas las cosas. No sé lo que es mi cuerpo, ni mis sentidos, ni mi alma; y esta misma porcion de mi ser

» que piensa lo que digo, y reflexiona sobre todo y sobre sí misma, no me es mas conocida que todo lo demás. Veo ese espacio asombroso del universo que me contiene, y me hallo ligado á una parte de esta vasta extension sin saber por qué se me ha colocado aquí y no en otro lugar; ni por qué el poco tiempo que se me ha concedido vivir, se me ha dado mas bien en este punto que en otro alguno de toda la eternidad que ha pasado ó que seguirá. No encuentro por todas partes sino infinitos que me absorben como un átomo y como una sombra que dura un instante y no vuelve ya mas. Lo que conozco es que muy presto debo morir; pero al mismo tiempo lo que mas ignoro es el instante de esta misma muerte que no puedo evitar. Así como no sé de dónde he venido, tampoco sé adónde voy; solo sé que al salir de este mundo debo caer para siempre ó en la nada, ó en las manos de un Dios vengador; pero sin saber cuál de estas dos suertes será la mia por toda una eternidad. Hé aquí mi situacion llena de miseria, de flaqueza y de oscuridad; de todo lo que infiero que debo pasar los dias de mi vida sin pensar en lo que me ha de suceder; que debo seguir mis apetitos sin reflexion y sin inquietud, haciendo todo lo posible por mi parte para caer en la eterna miseria, si es cierto lo que nos dice la Religion. Acaso pudiera disipar estas mis dudas, mas no quiero tomarme esta molestia, ni dar un paso en busca de la luz; antes bien despreciando á los que se toman este trabajo, sin deseárselo ni temerlo, quiero aventurar un suceso tan terrible, y con indiferencia acercarme á la muerte; incierto de la eternidad de mi suerte vendrá. Gloria es para la Religion tener por enemigos á unos hombres tan fuera de razon. » Hasta aquí Pascal. Será bien fácil hacer la aplicacion de lo que dice á todos aquellos semi-sabios libertinos que infestan al mundo, y hacen todos sus esfuerzos para llegar á saber dudar de la Religion. Si estos no tienen evidencia y entera persuasion de la impiedad ó del Deismo, como en efecto no la tienen, sino solamente dudas, perplejidad é incertidumbres; perseverando en esta situacion son

los hombres mas irracionales y embrutecidos que se pueden concebir. Y á vista de todo esto, ¿se atreverán todavía á aplaudirse en su interior y llamarse *espíritus fuertes*, y no mas bien espíritus debilísimos y faltos de razon?

III. *Locura de los impíos en pensar conciliarse la estimacion profesando la impiedad. Nuevo pasaje de Pascal sobre ello.*

Otro carácter de locura nos descubre Pascal en el camino que toman para adquirir el concepto de espíritus grandes y sabios; y consiste en la afectacion con que en las conversaciones y concurrencias procuran hacer creer que profesan realmente la impiedad, censurando la Religion, y mostrando que como filósofos sublimes se desdennan de ella, y la desprecian, á diferencia del vulgo idiota, que no se cansa de ensalzarla: oigámosle.

« Han oido decir que el gusto del siglo es hacer ostension de impiedad. Esto es lo que llaman haber sacudido el yugo de la preocupacion; y la mayor parte no lo hace sino por imitar á otros. Mas si conservan un resto de sentido comun, es bien fácil hacerles entender cuán engañados viven buscando por este camino el aprecio y estimacion. No es este el medio de conciliársela entre las personas que juzgan sanamente de las cosas, ni entre los que saben que el único medio para merecer la comun estimacion es el de manifestarse honrado, fiel, juicioso y capaz de hacer bien á los demás; porque los hombres de ordinario no aman á los otros sino por su propio interés. ¿Y qué utilidad se sacará de oír á un hombre lisonjearse de que no cree que hay un Dios que vela sobre nuestras obras; que se mira como dueño de hacer cuánto le agrade; y que piensa no tiene que dar cuenta de ellas mas que á sí? ¿Creerá por ventura, que con tales expresiones habrá animado á fiarse de él, á esperar sus auxilios y conserjo, el socorro en todas las necesidades de la vida? ¿Creerá habernos dado una agradable noticia, diciendo que duda si nuestra alma es mas que un soplo, ó un poco de humo, por decirlo en un tono marcial y desdeñoso? ¿Es cosa para decirse entre sonrisas y gra

» cejos, y no mas bien abismado de tristeza como la
 » mas funesta que nós pudiera anunciar?... Si lo medi-
 » tasen seriamente, verian que es tan fuera de razon,
 » tan contrario á la honestidad, tan torpe y vergonzoso,
 » y de todos modos tan opuesto á la reputacion que de-
 » sean adquirir, que no hay medio mas seguro de per-
 » derla y atraerse el desprecio y aversion de los hom-
 » bres, y ser tenidos por personas sin juicio, sin saber y
 » sin talentos. En efecto, obligueseles á dar razon de
 » estos impíos sentimientos; pregúntenseles los motivos
 » en que se fundan para dudar de la Religion, y dirán
 » cosas tan fútiles é ineptas, que acreditarán su petu-
 » lancia y necedad. Esto es lo que en cierta ocasion les
 » decia uno oportunamente: *Si continuais en discurrir*
 » *de esa manera, realmente me convertiréis;* y con razon.
 » Porque ¿quién no deberia horrorizarse de adoptar
 » sentimientos en que tendria por compañeros perso-
 » nas tan despreciables?» Todas estas son palabras de
 Pascal.

Si se considera, pues, el mayor número de los incrédulos, ya sea en el punto de su apostasia en virtud de tan ineptísimos motivos, ó en su permanencia en tal estado apoyados falsamente en dudas, perplejidades é incertidumbres, bien sea en la pretension de conciliarse gloria y fama con venderse por enemigos de la Religion, sin tener acaso en esto mas parte que la servil imitacion del lenguaje de algun famoso libertino; por cualquier lado que se miren, se halla en ellos el carácter de hombres los mas irracionales de cuantos se pueden imaginar.

IV. *En vano se precian los incrédulos que se creen doctos, de razon y de sano juicio; este en ellos está corrompido, y su discurso trastornado.*

Y qué, ¿se podrá atribuir tambien este carácter á los Ateos y Deistas por sistema que se precian de eruditos, y hacen guerra á la Religion con sus producciones literarias? Nada en realidad podrán oír que mas les desagrada; pero nada se les puede decir que les convenga con mas exactitud. A la verdad ninguna cosa se lee mas frecuentemente en sus escritos que el nombre de *razon y*

exacto modo de sentir; pero ningunas se encuentran menos si se examinan atentamente; no parece que lo repiten tan frecuentemente, sino para que no se advierta que están desterradas de allí. A oírlos, estas armas son propiamente tuyas, y con ellas piensan lograr tantos triunfos como sofismas acumulen. A su razon todo debe ceder y caer rendido. ¿Se presenta la Religion con su autoridad? es una impostura. ¿Los santos Padres con sus grandes obras? son supersticiosos. ¿Los filósofos con sus razones? unos ignorantes. ¿Los justos con sus buenas costumbres? son fanáticos. ¿Con el consentimiento universal el género humano? Todo él vive engañado. Ellos son los únicos que ven, gracias á su razon y buen sentido: con esta balanza pesan las cosas divinas y las humanas; la historia y las ciencias; la teología y la política, el sacerdocio y el imperio. Y solo aquello deberá ser verdadero ó justo, posible ó existente que á ellos les parezca tal. Sin embargo, entremos á examinar el valor y uso de esta decantada razon en las materias de Religion; y puntualmente veremos lo contrario. Nos lisonjemos poder demostrar que así los Ateos como los Deistas y Naturalistas «niegan los dogmas de la Religion natural y de la revelada por dificultades que no deben hacer fuerza á un hombre sabio; y por otra parte abrazan sistemas llenos de dificultades incompatiblemente mas graves, y aun del todo insuperables.» En el discurso de esta nuestra obra se habia ya podido advertir este proceder en varios ejemplos que en varias partes hemos indicado; aquí se trata de reunir algunos mas como en un punto de vista, para que aparezca mas claro, que á los libertinos de nuestros tiempos les conviene justamente no el carácter de espíritus sublimes, y que piensan con exactitud, sino el de espíritus necios y faltos de razon.